

estas trabas. Los déspotas mandan, el hierro secunda sus mandatos; nada entenece el corazón, nada detiene la mano, pues para someter un pueblo al yugo de un amo infame, es preciso emponzoñar su alma con el tósigo del vicio.

—Pero sus dioses, dijo Daidha, ¿están siempre dormidos ó son tan insensibles y sordos como ellos?

—¡Sus dioses! exclamó el anciano. ¡En sus horribles blasfemias, algunos hombres osados se han hecho dioses á sí mismos! Ofuscando á la muchedumbre con sortilegios sagrados, han conseguido que la ignorancia y el miedo los eleven á la categoría de divinidades. Para imponer su yugo al resto de la tierra, rodean de impenetrable misterio sus secretos, y haciendo más densas las tinieblas que anublan el espíritu del pueblo, impiden que penetre la luz en la mente de los que sus malas artes seducen. Con objeto de conservar su funesto poderío, esos dioses, que son en corto número, ciegan todo lo demás, y abusando del insulto y de la afrenta, levantan la altiva frente sobre la muchedumbre. Los más hermosos mortales renuevan su raza, y si sale del pueblo algun hombre distinguido, lo mandan degollar para que no perturbe su tiránica paz, ó lo admiten entre ellos para reforzar su número, y orgulloso entónces éste con el nombre divino que le da la superchería, llega á saber que es dios para pisotear al hombre; como ellos, ofrece en sacrificio á su propia divinidad la humanidad entera como si fuese un vil rebaño, vive del sudor de la raza esclavizada, se lava en su sangre y juega con su vida, y á fuerza de cometer odiosos desmanes consigue que el esclavo tiemble ante él y le reconozca por dios.

»Viven aparte en fortísimas moradas, cuyas puertas defien de la muerte del acceso de los humanos; su palacio, erigido en elevadas mesetas, como el águila construye sus nidos en las más empinadas cumbres de los montes, cubre con sus bóvedas una inmensa colina desde la cual se ve hormiguar la ciudad dominada por él. Los robustos cimientos de los muros

de ese palacio de perímetro inmenso están coronados de torres, en cuyos baluartes, donde dormita el rayo, están siempre velando sus guardias con la chispa en la mano; su brazo mata á larga distancia y hiere sin tocarlos á cuantos tienen la audacia de acercarse á ellos, y ciertos globos de fuego, más rápidos que el pensamiento, llevan la muerte á donde quiera que su vista los ha lanzado.

»No hay frases capaces de describir, hijos míos, lo que esos muros misteriosos encierran. Hay allí bosques de mármoles sin fin, cuya sombra y murmullo tienen la frescura de los árboles; los follajes de oro puro, labrados con el cincel, se agitarían al soplo de la brisa y engañarían á las aves; ríos enteros desviados de su curso, corren por debajo del suelo y brotan á modo de manantiales, regando con la menuda lluvia de sus anchurosos chorros las flores de los jardines colgantes; y lanzados al cielo en columnas líquidas, vuelven á caer formando cristalinas arcadas. Milagroso palacio, bóveda artificial, en que los ojos ven ondular el cielo al través del agua, y en que el fulgor del sol, que recrea la vista, argenta su luz con el tornasolado reflejo de las aguas, y rompiendo sus rayos en mil diamantes, llena los ámbitos de deliciosa frescura y resplandores. Por la noche, cuando se enciende el faro de esos palacios, la espuma de esas cúpulas líquidas despidе refulgentes destellos, y la luz, multiplicando sus cambiantes en esas aguas, hace que esos rios inflamados parezcan acarrear llamas.

»En otros palacios de jaspe y pórfido, los elegidos coronados de ese mágico imperio hacen temblar á sus vasallos y tiemblan á su vez bajo las leyes de un tirano cuya corte forman. Un solo hombre tiene innumerables esposas que se disputan con terribles celos una mirada suya; el arte de enervar los sentidos es allí la primera de todas; la velada desnudez de las mujeres cautiva la vista, y fascinando la mente, atrayendo las almas, y esforzándose á porfía en dar pábulo al



aguijón del deseo en esos corazones estragados, consumen al hombre con sus ardorosas caricias. Para aumentar la embriaguez de estos deleites, saben destilar de las flores un veneno cuyo pesado vapor sofoca la razón sumiendo á los mortales que lo apuran en sus cálices en ensueños divinos de éxtasis inefables, á cuyo efecto mezclan estos jugos con el dorado licor de las uvas cuya chispeante espuma corre en sus festines. Todas las aves del aire, todos los peces del agua, todo cuanto vuela, ó nada, ó se arrastra en este mundo, muriendo para satisfacción de sus placeres con la muerte más cruel, sirve de sangriento manjar en sus comidas, y como si tantos sacrificios no fuesen bastantes para recrear sus embotados paladares, véseles arrancar al tierno niño del seno materno para saborear con delicia su carne. Estragados ya sus gustos por tantos y tan monótonos excesos, procuran sazonarlos con el crimen: no saborean ya el amor ni la belleza, si el horror no va unido á su lascivia, si no aguijonea su alma algún grito de dolor exhalado por la boca en que desfallece de placer la suya. En los infames pasatiempos de su divino ocio, su primer deleite es el suplicio del hombre, teniendo verdugos que inmolan continuamente en su presencia víctimas humanas para que sus ojos feroces se recreen á porfía en tan cruento espectáculo. Ora hacen trabar horrendos combates de hombres con fieras ó de hombres entre sí, é incorporándose en sus mullidos lechos al ver los copiosos chorros de sangre que brotan de las venas y al contemplar las palpitaciones de los miembros en el suelo; recorren todo su cuerpo estremecimientos de placer. El grito arrancado por los tormentos es para ellos la armonía más sublime, y sus ojos beben con afán la agonía en los ojos de sus víctimas. Ora mandan quemar hombres vivos para ver cómo ondea la azulada llama en torno de sus cuerpos; y á veces, á los fulgores de tan bárbaras antorchas, abominables faros de ese piélago de crímenes, escuchan cómo vibran en el bron-

ce ó la madera esos ruidos con que el arte de los sonidos imita nuestra voz, y que halagando sus oídos con prolongados acordes, armonizan el soplo del viento que los trae consigo; y mientras esos coros de voces é instrumentos los embriagan con sonidos gratos para ellos, no lejos de allí, atormentan á los niños y á las mujeres haciéndoles desgarrar las carnes á latigazos para que los espantosos gritos que lanzan amenicen aquellos conciertos con un concierto de ayes, y para que, anegada su alma en más refinado goce, contraste con su júbilo el acento de la desesperación.

»Sin duda os estremeceis; vuestros corazones inocentes saltarían de horror en vuestro pecho al oír mis relatos, mis repugnantes pinturas mancillarían vuestros pensamientos, y llegaríais á creer, hijos míos, que he perdido la razón si acabara de presentar á vuestros ojos en todo su asqueroso horror la sentina del crimen en que Dios los ha sumido, si os mostrara á esos hombres en sus sangrientas guaridas, envidiando su ponzoña y sus dardos á las víboras, urdiendo tramas y conspirando sin cesar unos contra otros, abrazándose un momento para desgarrarse mutuamente después, no alimentando más sentimiento humano que la envidia, matando, exterminando siempre para defender sus vidas, aliándose y dividiéndose en secretas facciones, precipitándose en las oleadas de sus sediciones, llevando ocultas bajo su manto armas siempre prontas á herir, vertiéndose recíprocamente el veneno en la copa de sus festines, y, para gustar el fruto de crímenes no realizados, sacando de sus mismos remordimientos el afán de cometer nuevos desafueros. Hasta tal punto puede degradarse para siempre bajo el peso de la blasfemia el hombre que se ha convertido en único dios de sí propio.»

Mientras así hablaba, los jóvenes esposos se miraban de vez en cuando é iban separándose involuntariamente del lado del anciano. Este, que hubo de notar su miedo, añadió:

—Sí, yo he nacido de esa infame raza; sí, yo he vivido en



medio de esas iniquidades; pero he conseguido desprenderme de tanta mengua: escuchad.

«La madre que me amamantó en esa cloaca impura donde nací, era hija de una tribu nómada; estaba cautiva en mi país y detestaba con toda su alma tan odiosa residencia; los soberanos de los dioses se disputaban sus atractivos; pero ella mezclaba con lágrimas la leche que me daba, porque en el seno de las grandezas que ofendian sus ojos acordábase de las tiendas de sus abuelos, así como del santo Dios de su tierra, y su corazón se abstenía de todo culto adúltero. Cuando en cumplimiento de las leyes de mi país, me arrancaron de su seno que aún manaba para mí, por temor de que algún día el hijo conociera á la madre, su corazón desgarrado sufrió indecibles angustias, y echándose á los piés de sus verdugos, les pidió que le concedieran algunos días más para acabar de criarme. Durante esos días, escatimados por una indulgencia avara, ocultando su santo crimen á una venganza cierta, desgarró con su uña ensangrentada la piel de mi blanco pecho, llorando al oír mis gritos; y coagulándose en mi herida la sangre que de ella brotaba, inscribió con ella en mi pecho un nombre, el santo nombre de Dios, que quedó grabado para siempre del propio modo que jamás se borra la cicatriz causada por la mordedura de un tigre. Poco despues despidióse de mí con más sosegado llanto, confiada en que algún día podría conocer, merced á aquella señal, al hijo de sus entrañas en el hombre desarrollado.

»Crecí confundido con los otros niños sin que nadie echase de ver la señal impresa en mi piel, ejerciendo los serviles oficios de palacio, acostumbrado por los dioses á toda clase de ejercicios sangrientos, instruido por su ejemplo en pisotear á los humanos, encendiendo en sus torres sus fulminantes rayos, aventajando á mis rivales, y llegando en breve á ser dios á mi vez. Sin embargo, sentía cierto horror hácia aquel sacrilegio, y ya fuese porque el nombre del Señor, estampado

por mi madre como un sello sobre mi corazón, me produjese este efecto, ó ya porque corría por mis venas la sangre más benigna de otra raza dejando en ellas algun rastro de sus virtudes, lo cierto fué que aquel ministerio me parecia execrable; que al mismo tiempo que adoraba á los dioses, los aborrecía, y que siendo su discípulo predilecto, pero hosco en alto grado, vomitaba con el corazón lo que su boca me enseñaba.

»Herido gravemente en uno de esos combates que los hombres de arriba trababan con los de abajo, yacía yo anegado en mi propia sangre, mientras las aves de rapiña, revoloteando sobre mi cuerpo, lanzaban gritos de júbilo: muerto á los ojos de los vivos, algunos hombres desapiadados, al pasar junto á mí, me daban con el pié, cuando de pronto se presentó una mujer en el campo de batalla. ¡Oh! la que llevó al hombre en sus entrañas, para saber si su corazón late aún bajo su mano, se desvia siempre de su camino! Aquella mujer parecia interrogar el aliento de los cadáveres esparcidos por el llano; y apartaba su férrea armadura para descubrirles el pecho y comunicarle algun calor. No parecia sino que sus ojos espían con recelo algun signo fatal en el seno de los muertos. Pasando de cadáver en cadáver acercóse por fin á mí, inclinóse sobre mi livido rostro, advirtió en mí un resto de aliento, descubrió mi pecho con mano convulsa, y precipitóse sobre mí procurando ahogar sus gritos:—«Adonai, exclamó; ¡oh, eres tú! ¡eres tú, hijo mio! ¡Tú, arrebatado á mi cariño por su crueldad; y á quien la muerte ¡ay! me devuelve!» Yo sentía el ardor de sus besos, oía sus acentos, por segunda vez le debía la vida, pues al palpitante soplo del amor de una madre, recobré el calor y con él el aliento, y faltándome la voz, á pesar de mis esfuerzos, la respondía con el corazón, con la mirada y con la mano. Restañó mi sangre con fibras de corteza y levantándose en sus envejecidos brazos, que recobraron la suficiente fuerza para ello, me trasladó de noche desde aquel campo de matanza á su humilde y oscura morada.



»¡Ah! Era un pobre y asqueroso albergue situado en un arabal lejano, sentina de la ciudad, en que la esclava, desecho de régios amores, disputaba su diario sustento á los animales más inmundos; pero esa necesidad de amar que siente toda criatura, ese despertamiento de mi alma á la casta naturaleza, ese cariño maternal y esos compasivos besos, me hicieron su vivienda preferible á los palacios de los dioses. Gracias á los cuidados de mi madre, cicatrizáronse muy en breve mis heridas, y desengañado de esos reyes cuyo culto es una quimera, instruido secretamente en el verdadero nombre del Dios único, resolví vivir ignorado en aquel sitio, y cual esclavo voluntario, dedicarme á labrar la tierra para sustentar á mi anciana madre con el producto de mi trabajo, y para conocer el yugo que sobre los demás hombres pesaba y compartirlo con ellos, haciendo así más ligera su carga. La noticia de mi muerte era la salvaguardia de mi imprudencia; y vestido con harapientas ropas, descendí á mi vez hasta las infimas clases del pueblo, viviendo confundido entre ellas. Así pasé largos días de paz y de miserias: mi madre me enseñaba á consolar á mis hermanos, á curar sus heridas, á ayudarles en sus cuitas y á partir con ellos mi pan. Llevado del propósito de no aumentar mi miserable casta, mi corazón, jóven y ardoroso todavía, observó siempre una rígida castidad y acumulé en él tesoros de amor para consagrarlos á otro amor más santo. Cuando me retiraba á nuestra humilde mansion cansado del penoso trabajo del día, mi madre y yo rezábamos á cubierto de los tiranos opresores de nuestra alma; ella me describía despues costumbres ménos bárbaras, me decía que había sido la más bella de sus hermanas, que allá en los países orientales, en las tiendas de sus padres, todos los hombres eran iguales, amigos y hermanos; que su Dios, sér sin nombre, uno, inmaterial, hablaba tan sólo al espíritu, y no vivía más que en el cielo; que si bien en la tierra se le designaba con palabras, sus ritos más puros no eran más que

simbolos; que ningun nombre podia contenerle; que definirle equivalia á ultrajarle; que su justicia no necesitaba rayos ni furores, y que el incienso más grato para él era el bien que se hacia con objeto de complacerle.

»Al evocar mi madre tan sagrados recuerdos llorábamos juntos, y ambos hacíamos votos por que lucieran días mejores, diciéndonos que tanto crimen y tanta tiranía, aquel reinado de la falacia y de la discordia, desaparecería sin duda muy pronto de la faz de la tierra, que no tardaríamos en ver llegar tiempos más santos, y que, hartos ya de ultrajes el Dios que mora en las alturas, haria pedazos su obra para renovarla. Luego para apresurar la aurora de esos días, derramábamos ante él nuestro llanto confundido con nuestras almas, y del fondo gimiente de este mar cenagoso subian dos plegariás que consolaban á los ángeles.

»Cuando mi madre sintió que se acercaba su última hora, antes de tenderse en su lecho mortuorio, me indicó con un ademán una piedra sellada que habia debajo de su esterilla de junco al pié de la pared. Extendiendo su brazo desnudo hácia aquel tesoro oculto, me dijo con voz pausada y moribunda:

—»Cuando ya no exista, levanta esa piedra; el tesoro del Señor está ahí oculto entre el polvo! Cuando me arrebataron del país de mis abuelos, de cuantos objetos preciosos habia en sus tiendas sólo pude recoger, ocultas entre los pliegues de mi ropa como un hombre sorprendido esconde lo que roba, algunas hojas sueltas de nuestros libros sagrados escritas por los ángeles y enseñadas de padres á hijos; llevéme aquellas hojas á fin de que fuesen para mí como una voz natal que me hablara en los países extranjeros de las cosas de mis padres.»

»Y en efecto, hijos míos, los libros son la voz con que los hombres de otros tiempos hablan á los hombres de hoy; voz que habla á los ojos en las líneas trazadas en que reviven sin



cuerpo pensamientos invisibles, en que el espíritu ve por siempre las huellas del espíritu, como se ven las de un pie humano estampadas en la arena; don de los ángeles amigos del hombre, invento fecundo que hace al alma mortal inmortal en este mundo, y merced al cual conversarán desde los límites del tiempo los que un día fueron con los que serán.

—«Toma ese libro divino, continuó mi madre; es el espíritu de mi padre y el alma de mi alma; Dios mismo lo ha dictado á un mortal; es el germen escondido de toda verdad! » ¡Es la mies del cielo, es la simiente verdadera cuyas espigas ahogarán un día la cizaña, para que la herencia divina atraviese todas las épocas y se extienda por do quiera! ¡Oculta ese tesoro á los tiranos de la tierra; ¡oh vergüenza! la verdad debe quedar rodeada de misterio, pues el infame soberano del mundo usurpado pisotearia el buen grano ántes que se le llegara á sembrar!»

»Dijo, y su alma, desprendiéndose de su carnal envoltura, se remontó á la celeste morada. La muerte la arrebató al cielo en sus alas, y al perderla yo de vista la volví á ver con el corazón.

»Cuando la hube sepultado en la paz de los muertos, tomé el libro de vida del sitio en que estaba escondido, y lo leí. Parecióme que me hablaban á la vez millares de voces emanadas de lo pasado; que mil verdades inflamaban mis párpados y que me inundaba de claridad una luz enteramente nueva. Cada palabra me deslumbraba; no aparecen tantas estrellas de noche en el firmamento como fúlgidos destellos brotaban de aquellas páginas. Referíase en ellas cómo habían surgido ordenadamente todas las cosas á la voz de unos solos labios; describía aquel libro el nacimiento del hombre y la historia de los días que han trascurrido desde el día eterno hasta los nuestros. A veces cantaba santos himnos, bien así como el corazón del hombre canta santas alabanzas; otras veces lloraba, como mujer que encuentra el alivio de sus penas en las lágri-

mas que vierte de noche; y su tristeza era tan lúgubre y tan tierna, que el corazón se sentía desgarrado por aquellos sollozos hablados. Con más frecuencia se dirigía al espíritu como un preceptor, y cada palabra profunda escrita en el fondo del alma estaba más llena de sano juicio que el hombre lleno de canas que manifiesta con palabras su cordura y experiencia. Todos sus preceptos eran buenos, cada una de sus líneas una ley, y al leerlas era imposible no aprobar su sentido.

»Con objeto de consolar á mis hermanos en sus rudas miserias, solía yo leerles algunas páginas de aquel libro, rodeándonos de misterio y al amparo de las nocturnas sombras, por temor de que el aire llevara á nuestros tiranos la noticia de aquellas lecturas. Allí aprendíamos juntos á servir, á conocer al único Dios, al solo señor, superior á nuestros dioses terrenales; á cada verdad caía uno de nuestros hierros, y al ménos nuestros suspiros subían en libertad. Entusiasmados mis hermanos al escuchar la divina lectura, iban irguiendo sus frentes, contemplaban á sus dioses con mirada ménos servil, conocían que tenían un vengador en los cielos, y algunas palabras que ellos no podían comprender empezaban á inflamar sus espíritus como un fuego entre cenizas.

»Tales síntomas alarmaban ya á nuestros tiranos, sobre cogidos al ver cómo se erguían aquellos gusanos. Largo tiempo anduvieron averiguando qué esperanza oculta comunicaba tal firmeza y arrogancia á sus miradas, hasta que por fin supieron que soplaba un viento sedicioso que dilataba nuestros corazones y rasgaba el velo de nuestros ojos; que un libro amontonaba aquellas tormentas sobre sus cabezas, y entonces juraron, llenos de celosa ira, que habían de desgarrar sus páginas y perseguir á sangre y fuego á cuantos adorasen el nombre de otro Dios que no fuese el suyo. Cuantos les infundieron sospechas de que conocían el libro sufrieron mil tormentos y perecieron lastimosamente; pero nadie hizo revelación alguna á pesar de los suplicios, ni nadie se cansó de



perder su vida por salvar su alma. Temeroso yo entonces de que el nombre en quien el mundo espera muriese para siempre con nosotros, hui secretamente de la infame ciudad, llevando sobre mi corazon la voz de la verdad, y cansando á los verdugos que seguian mis huellas, Dios me deparó este asilo, por lo cual le di rendidas gracias!

»Aquí viví sin más compañía que la del sagrado libro; pero ¿de qué sirve, hijos míos, una antorcha si no luce? ¿De qué me servia vivir alumbrado por mi llama, si mis hermanos morian rodeados de tinieblas, si el nombre del Altísimo, extinguido en el universo, dejaba el crimen en el trono y al esclavo aherrado en sus hierros? Quise conservar cerca de mí en el mundo la fecunda semilla de ese libro divino, y enviar alguna vez á mis dolientes hermanos grandes acentos de la voz inmortal á fin de que un grito sordo de esperanza anunciara de lejos á sus corazones el dia de su emancipacion.

»Sabiedo representar los sonidos y grabar las palabras, escribir las cosas por medio de simbolos, descubrir el metal, labrarlo, domesticar las fieras y fascinar las aves, merced á esas artes secretas á que estaba acostumbrado, quise dedicar á ello los largos dias de mi soledad, y agucé punzones, forjé martillos, y adelgacé con ellos las placas de metal, y así como por entretenimiento se trazan labores en una hoja con una espina, esculpí la palabra divina con mis aceradas herramientas. Trasladé el libro entero, copiado por mi mano, á las páginas de metal multiplicándolas: mil veces he repetido la misma operacion; y tan luego cómo termino una página, el águila la coge con su pico; encaminada por mi dedo hácia el cielo oriental, traspone el horizonte impelida por sus poderosas alas, dejando tras sí el Libano y sus cumbres; atraida por el brillo de las cúpulas habitadas, se cierce en los aires sobre las grandes ciudades; oye mugir ese gran volcan de las almas así como desde lo alto de un promontorio oimos el bramido de las olas; y deja caer de su pico el pedazo de metal lleno de

simbólicas figuras, misteriosa página de ese libro sagrado, que parece un celestial mensaje del mismo Dios, y que segun donde va á parar, infunde esperanza á los esclavos ó terror á los tiranos. De esta suerte germinará por sí misma la verdad, que voy sembrando á trozos, en el seno de la corrupcion; y si he de morir ignorado en esta gruta, al ménos habré dejado tras mí el santo nombre de Dios!»

Los amantes escuchaban confusos tantas maravillas: todo un mundo nuevo vibraba en sus oidos; y no atreviéndose á hablar, su tímida mirada pasaba del libro al águila y de ésta al anciano. La imágen del gran Dios que hacia tales milagros preparaba en secreto su alma á aquellos oráculos. Daidha, avergonzada de sus viles dioses de madera, los ocultaba entre sus dedos debajo de sus cabellos sueltos; y Cedar volvía á encontrar á Dios en su alma como un fuego cuya llama reanimara el viento. Ambos ardian en deseos de escuchar los acentos de aquella voz sin boca, invisible á sus sentidos, de aquel libro divino en que el santo solitario leia los grandes secretos del cielo y de la tierra. El viejo lo tenia cerrado sobre sus rodillas: pero conociendo en las miradas de los esposos sus deseos, se lo hizo besar con los ojos y con la boca, como cuando la reverencia nos hace besar lo que tocamos; en seguida lo abrió con su diestra y leyó al azar, aquí, allá, en esta ó en la otra página en que fijaba por casualidad la vista, y su voz, más grave y más sonora al leer, adquiria una entonacion sobrenatural, semejante á la del órgano de un templo que hiciera resonar en la tierra las palabras de Dios!